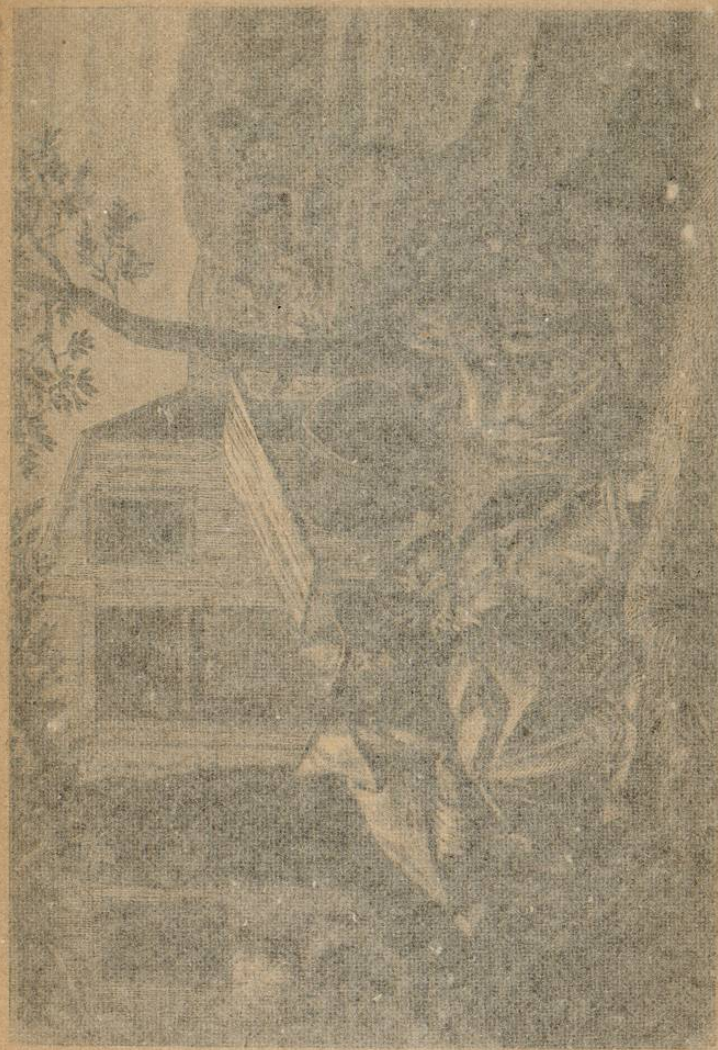


narias. Puede aplicarse aquí lo que dice Fleury de los monasterios de Egipto, que visitó también Juan Mosch en sus viajes. « La vida monástica se conservaba entónces con el mismo fervor que en tiempo de Casiano, doscientos años ántes. »

### JUAN MOSCH Y SAN SOFRONIO, SU DISCIPULO

Juan Mosch y su discípulo san Sofronio estuvieron tan estrechamente unidos, que no es posible separarlos en esta historia, y aún cuando sobrevivió más de dieciseis años, y pasó del estado monástico á la silla de Jerusalem, que gobernó hasta la ocupación de la ciudad santa por el califa Omar, les seguiremos en los viajes que emprendieron para su edificación y en los trabajos que sostuvieron por la pureza de la fé.

Hemos dicho en otro lugar que Juan Mosch fué religioso del monasterio de san Teodosio en Palestina, y que emprendió dos viajes á Egipto, el uno hacia el año 580, por orden de Gregorio, su abad, para asuntos de su monasterio, y el otro en el año 605 en compañía de Sofronio. Éste era natural de Damasco, y habia estudiado con tanto aprovechamiento las letras humanas, que se le daba el título de sofista, que entónces era muy honorífico, y expresaba una idea muy distinta de la que hoy se le dá. Su virtud le hizo más recomendable aún que su ciencia. Pero más deseoso de crecer en la piedad, que de aumentar la reputación que le habia granjeado su ciencia, pasó á la Palestina para visitar las lauras y monasterios, y aprender al lado de los solitarios la práctica de las virtudes en que se ejercitaban con



*Juan Mosch y San Sofronio*

*Juan Mosch y San Sofronio*



estas. Puede aplicarse aquí lo que dice Fleury de los monjes de Egipto, que dice también Juan Mosch en sus viajes. « La vida monástica se conservaba entonces con el mayor fervor que en ninguna de lasias, doscientos años antes. »

JOAN MOSCH Y SAN SOFRONIO, SU DISCIPULO

Juan Mosch y su discípulo san Sofronio estuvieron tan perfectamente unidos, que no es posible separarlos en esta historia, y aun cuando sobrevivió más de dieciseis años, y pasó del estado monástico á la silla de Jerusalem, que gobernó hasta la muerte de la ciudad santa por el califa Omar, los sucesos de los viajes que emprendieron para su edificación y en los trabajos que sostuvieron por la pureza de la fe.

Hemos dicho en otro lugar que Juan Mosch fué religioso del monasterio de san Teodosio en Palestina, y que emprendió dos viajes á Egipto, el uno hacia el año 580, por orden de Gregorio, su abad, para asuntos de su monasterio, y el otro en el año 610 en compañía de Sofronio. Este era, natural de Damasco, un hombre que se ganó el título de sofista, que entonces era una gran honra, y expresaba una idea muy distinta de la que hoy se da. Su virtud le hizo más recomendable que su ciencia. Pero más deseoso de crecer en la piedad, que de aumentar la reputación que le había ganado en su patria, pasó á Palestina para visitar las lauras y monasterios, y aprender al lado de los solitarios la práctica de los ejercicios en que se ejercitaban con

Tome 6



Cornu delmas

Imp. de Charbonnier, Paris.

Juan Mosch & St. Sofronio

Juan Mosch y San Sofronio



tanto celo y edificación. Vió á un gran número de ellos, cuyo fervor no pudo ménos de admirar ; pero con ninguno se unió tan estrechamente como con Juán Mosch.

No se sabe positivamente en que paraje, ni en que tiempo le conoció. Los griegos dicen que fué en Alejandría ; pero otros pretenden que se habian visto ya en el monasterio de san Teodosio en tiempo del abad Gregorio, Sofronio estuvo, por lo tanto, muchos años sin profesar la vida religiosa, contentándose con aprender de los solitarios las prácticas religiosas, y despues de haber estado en Egipto, es cuando dejó enteramente el mundo para abrazarla.

Habiendo vuelto Juán Mosch á la Palestina despues de su primer viaje, permaneció diez años en la laura de los Eliotas, de que hablaremos en el capítulo siguiente, pasando despues con Sofronio á la nueva laura de san Sabas. Desde este tiempo Sofronio, aunque en hábito secular, quiso acompañarle en todos sus viajes, guardándole las consideraciones de padre espiritual y maestro.

El temor de las correrías que hacían los persas, les obligó á dejar la laura de san Sabas, para pasar á la Siria. Se retiraron primeramente á un lado de Antioquía, de aquí pasaron á las orillas del Oronte, en Seleucia, en que vieron al abad Teodosio, obispo á la sazón de esta ciudad. Visitaron también el monasterio de san Teodosio de la Roca, entre Seleucia y Rosa de Cilicia : vinieron despues á la Palestina, desde donde pasaron, sin detenerse, al monte Sinai y al Raitha, y por último, á Egipto, deteniéndose en Alejandría. En estas soledades tuvieron la dicha de trarar con un gran número de santos solitarios, de los cuales refiere Juán Mosch cosas maravillosas en su obra titulada *Prado espiritual*. De ella hemos hablado al tratar del estado de los monasterios de Egipto en tiempo de este autor.

Pero durante su excursión á Egipto, tuvieron ocupa-



ciones más interesantes para el bien de los fieles, que la de edificarse á sí mismos, recorriendo las celdas de los religiosos de estas soledades. San Juan el Limosnero, tan célebre en la historia monástica por la especial predilección que profesaba á los religiosos, habia sido elevado á la silla de Alejandría, hacía pocos años, y trabajaba con todas sus fuerzas por purgar el país de la herejía de los acéfalos y jacobitas, que, á pesar de los cuidados y desvelos de san Eulogio y de otros prelados ortodoxos, se había propagado y echado profundas raíces. Entre los ministros que empleó para que secundasen su celo en esta importante y difícil empresa, no fueron los últimos Juan Mosch y san Sofronio, cuya piedad y sólida doctrina conocía muy bien. Juan era ya sacerdote, y san Sofronio abrazó entónces el estado religioso, y entró casi al mismo tiempo en la clericatura. Se consagraron á trabajar bajo las órdenes de este santo patriarca, y Dios difundió tantas bendiciones sobre sus expediciones evangélicas, que atrajeron á la comunión de la Iglesia á muchas aldeas y monasterios.

Servicios tan importantes dieron á conocer más y más su mérito, y les hicieron más apreciables al patriarca, que los admitió en el número de sus oficiales y ministros de su Iglesia. Quiso también que habitasen en su casa, y que perteneciesen á su consejo episcopal, aprovechándose de sus consejos y trabajos, tanto para los negocios de su diócesis como para el servicio de los pobres.

En aquel tiempo los persas, conducidos por su rey Cosroas, se hicieron dueños de la Palestina, y amenazaron el Egipto, sembrando el terror en estas regiones. Juan Mosch y Sofronio tuvieron entónces que pensar en su seguridad, y en vista de la muerte de Juan el Limosnero, acaecida poco antes, resolvieron satisfacer su deseo de pasar á Italia y observar el estado de la disciplina en los monasterios de Occidente.

Ya en camino, llegaron á las islas de Chipre y de Samos. En la primera visitaron el monasterio de Polixencio, en Dade, puerto de esta isla, en que vieron á un religioso llamado Isidoro, que suspiraba y lloraba incesantemente. Quisieron entrar en conversación con él, y le rogaron que contuviese sus lagrimas por algunos momentos, á lo cual respondió: « No pidais esto del pecador más grande que ha habido sobre la tierra. » Le dijeron para consolarle, que sólo Dios es impecable, á lo cual añadió: « Es verdad, hermanos míos; pero yo no he conocido un pecado tan grande como el mio, ni un crimen que pueda igualar al cometido por mí, de lo cual os convencereis, cuando yo os lo declare, para que con vuestras oraciones me ayudeis á implorar el perdón.

« Cuando me hallaba en el mundo, mi mujer y yo, pues « era casado, seguíamos el error del impío Severo, ó de « los acéfalos. Viniendo un día á mi casa, y no encontrando en ella á mi mujer, me dijeron que habia ido en « busca de una vecina, que era católica, para comulgar « con ella. Corrí al punto para impedirlo, y habiéndola « encontrado comulgando, cogí á mi mujer por el cuello, « obligándola á que arrojase la sagrada Forma, que eché « al muladar; pero apenas caida en este lugar inmundo, « apareció rodeada de esplendente claridad. Dos días después un hombre negro cual un etiope y medio desnudo, « se me apareció diciéndome: « Ambos somos condenados « al mismo suplicio. » — Le pregunté quién era, y me respondió: « Yo soy el que abofeteé á Jesucristo, Creador « del mundo, en la noche de su pasión. » — Considerad, « hermanos míos, si tengo motivo para llorar incesantemente ».

En Samos visitaron al abad Isidoro, superior del monasterio de Carigena, quién les refirió el milagro que Dios habia hecho en una aldea inmediata, para patentizar la



inocencia de un sacerdote acusado falsamente. Siendo muy jóven este sacerdote habia sido obligado por sus padres á contraer matrimonio; pero llevado de su amor á la continencia, persuadió á su mujer á que viviesen como hermanos. En su consecuencia, fué calumniado ante su obispo, que mandó encarcelarle. Pero un ángel le sacó de la prisión, lo cual hizo que el obispo reconociese su inocencia.

En la misma isla, una señora muy respetable y caritativa, llamada María, y esposa de un caballero llamado Pablo, le refirió el hecho que vamos á narrar por ser muy edificante, por más que no se relacione con la vida monástica. Decíale esta señora, que, hallándose en la ciudad de Nisibe, vivía en ella una mujer, cuyo marido era pagano, y que no tenían más que cincuenta monedas de plata. Propúsole el marido poner á réditos esta cantidad, con objeto de que les produjese algún interés. Pero la mujer, llena de una fé viva y de una confianza ciega en Jesucristo, le respondió: « Démoslas más bién al Dios de los cristianos, nada perderemos en ello; ántes por el contrario, nos pagará crecido interés, y duplicará el capital. » En su virtud llevó á su marido á uno de los cinco pórticos de la Iglesia, y distribuyó el dinero entre los pobres.

Hallándose tres meses despues muy necesitados, se quejaba el pagano á su mujer de que el Dios de los cristianos no acudia á su necesidad. Ella le respondió que nada temiese, sino que fuera al lugar en que habia distribuido las cincuenta monedas, y recogería su interés. Fué efectivamente, y encontró en la tierra una de las monedas, con la que se procuraron algunas provisiones. Entre éstas, compró un pez, y al abrirlo su esposa, encontró en sus entrañas un hermosísimo diamante, el cual vendieron en trescientos escudos. Ebrio de gozo, el pagano vino á entregar á su mujer esta cantidad, y ésta, no cesando de admirar la bondad paternal de Dios, le dijo: « ¿ Ves quién es el Dios de los

cristianos? ¡ Cuán bueno es! ¡ cuán dadivoso, y cuán reconocido á todo lo que por su amor se hace! Le has prestado cincuenta escudos, y te ha dado seis veces más. Reconoce, pues, que es el único y verdadero Dios. » Instruido este hombre con este milagro, renunció el culto de los ídolos, y abrazó el cristianismo.

Juán Mosch y san Sofronio llegaron, por último, á Roma, y éste fué el último viage de Juán, pues murió tres años más tarde, es decir, en el año 620. Los discípulos que le acompañaron fueron doce, sin incluir á san Sofronio. Durante estos tres años compuso su *Prado espiritual*, que dedicó á san Sofronio, como su principal discípulo, y su inseparable compañero en sus piadosas escursiones. Hallándose próximo á la muerte, y teniendo congregados á sus discípulos, les suplicó que llevasen su cuerpo al monte Sinai, para ser enterrado con los Santos que en el descansaban, y en el caso de que no estuviesen libres los caminos á consecuencia de las incursiones de los bárbaros, les encargó que le enterrasen en el monasterio de san Teodosio. Así lo ejecutaron, pasando al oriente: pues los sarracenos que hacían sus correrías por los confines de la Palestina, no les permitían llevar su cuerpo al Sinai. Le colocaron en el monasterio de san Teodosio, despues de haber obtenido permiso de Jorje, que era su superior, ó tal vez abad en sustitución del abad Modesto, que, en ausencia del patriarca Zacarías, se hallaba encargado de la administración de la iglesia de Jerusalem.

Sigamos, pues, á Sofronio, que quedó solo despues de la muerte de Juán Mosch. Parece que no tardó mucho en volver á Egipto, á donde le llamaba la Providencia para detener los progresos de la naciente herejía de los monotelitas, que empezaba á formarse bajo la protección del patriarca Ciro, sucesor de Jorge, que gobernó la iglesia de Alejandría despues de san Juán el Limosnero.



Comenzó, pues, á desenmascarar esta herejía, que se encubrió con el especioso pretexto de unir los espíritus divididos, y que, no admitiendo más que una operación y una voluntad en Jesucristo, echaba por tierra las decisiones del concilio de Calcedonia. La combatió poderosamente de palabra y por escrito, y puede decirse que no tuvieron en este tiempo los monotelitas un adversario tan formidable.

Cuando el emperador Heraclio hizo las paces con los persas, volvió á la Palestina, y á la vez que el patriarca Zacarías asentaba nuevamente en su silla, Sofronio entró en el monasterio de san Teodosio. Pero habiendo vivido Zacarías poco tiempo despues de su restablecimiento, y habiendo muerto á los tres meses, el abad Modesto, que le sucedió, fué escogido para ocupar esta silla.

Como había trabajado con mucho éxito bajo los dos pontificados anteriores para restablecer en esta desolada iglesia la disciplina eclesiástica, tanto en lo relativo á la antigua liturgia y al servicio divino, como en la reforma de las costumbres, continuó con el mismo celo, cuando fué revestido de la autoridad episcopal. Sus trabajos para purgar su diócesis de los vicios y errores, respondieron á su infatigable celo.

No detallaremos todo lo que hizo contra el nuevo error de que hemos hablado, y que desgraciadamente había encontrado muchos defensores tanto en Constantinopla como en Alejandría; pues esto no pertenece á la historia monástica, sino á la de la Iglesia en general. Baste decir en su elogio, que en el año 634 reunió un concilio de los obispos de su provincia, cuyas actas remitió al Papa y á Sergio de Constantinopla, con una carta sinodal, que contenía la refutación de los errores de los monotelitas; que coleccionó en dos libros seiscientos pasajes de los santos Padres, para confundirlos y atraerlos á la verdad, y que, viendo, por último,

que el mal se agravaba, envió á Roma á Estéban, obispo de Dora, y el primero de sus sufragáneos, para defender ante el mismo Sumo Pontífice la causa de la verdad, y comunicarle los artificios de que se valían los herejes.

Antes que partiese Estéban, lo llevó al Calvario, y aprovechándose de la impresión que este lugar tan respetable, en que Jesucristo derramó toda su sangre, debía producir en su corazón, le hizo la siguiente conjuración: « Dareis cuenta al que ha sido crucificado en este santo lugar, cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos, si no defendeis la fé en el peligro en que se encuentra. Haced, por lo tanto, lo mismo que yo no puedo hacer personalmente á causa de las incursiones de los sarracenos. Id cuanto ántes desde este extremo de la tierra á presentaros á la silla apostólica, en que está el fundamento de la sana doctrina: dad á conocer á los santos personajes que la rodean todo cuanto aquí sucede, y no dejéis de rogarles que examinen la nueva doctrina, y la condenen canónicamente. »

Estéban llegó felizmente á Roma, á pesar de los obstáculos que le suscitaron los monotelitas. Encontró que había muerto el Papa Honorio; pero prosiguió el negocio con la misma perseverancia con sus sucesores, hasta que consiguió que fueran condenados estos herejes por el Papa san Martino en el concilio de Letrán, celebrado en el año de 649<sup>1</sup>.

San Sofronio no tuvo el consuelo de verle: pues cerca de diez años ántes fué á recibir en el cielo la recompensa de sus trabajos y de sus virtudes. En otro capítulo expon-dremos las circunstancias de su muerte.

<sup>1</sup> Los monotelitas fueron condenados nuevamente en el sexto Concilio ecuménico de Constantinopla, en los años 680 y 681. Pretendían estos herejes, que no había en Jesucristo mas que una sola operación. Esta herejia fué consecuencia del nestorianismo y del eutiquismo.